

EL CORPUS EN EL NUEVO MUNDO

AMERICA POR JESUS SACRAMENTADO. CONQUISTADORES DEVOTOS DE LA SAGRADA EUCARISTIA: CORTES, PIZARRO...

Por MARCELINO GONZALEZ HABA

ESPAÑA llevó al descubrimiento y civilización de América, las claridades celestes de nuestra fe católica, romana y papal; las armonías de nuestro idioma; las bellezas de nuestras artes; la justicia de nuestras leyes; la ciencia de nuestros sabios; la labor de nuestros campesinos; el trabajo de nuestros artesanos; las recias virtudes de nuestros santos; el sacrificio de nuestros misioneros; el valor incomparable de nuestros soldados y navegantes inmortales.

Pero el más rico don ofrecido por España al Nuevo Mundo, lo fué sin duda, el llameante amor a la Sagrada Eucaristía y al apasionante Misterio de la Inmaculada: Toda la dinámica religiosa de la América española, a semejanza de la metrópoli, giraba en torno a estos dos grandes amores: Jesús Sacramentado y la Virgen sin mancilla.

Ambas devociones calaron en el alma ingenua y sencilla de los indígenas, como lo testimonia el popular saludo a la antigua española: Alabado sea el Santísimo Sacramento, y el Ave María Purísima, que se dicen al final de las fiestas religiosas. El mismo que se hacía a la entrada de una casa; al principio y despedida del trabajo. Saludo cordial que se repetían los niños en las escuelas, los fieles en el templo, los transeúntes en los caminos: toda la vida estaba como impregnada de este rico aroma eucarístico y mariano.

Así, no es de extrañar que aquellas manifestaciones religiosas encaminadas a exaltar las glorias del Sacramento del Amor, singularmente las procesiones triunfales del Corpus Christi, fueran las expresiones más vivas y ardorosas de una fe eucarística naciente, pero densa, y la más valerosa afirmación de una piedad florecida entre lirios de santidad y rosas de sacrificios apostólicos.

El Corpus en las Indias, desde los primeros años, fué la fiesta más popular y venerada. La más rica en ceremonias litúrgicas. La más bella en ornamentación de las calles del recorrido. La de mayor aglutinante entre españoles e indígenas, porque era la fiesta de la unidad y del amor: La explosión más fúlgida y entrañable de la caridad de Dios para con los hombres.

¡Con qué claro y alto sentido teológico y social, el famoso Conquistador del Perú, Francisco Pizarro, daba preferencia a la construcción de los templos cristianos, en Cuzco y Lima, porque, del

Santísimo Sacramento, decía este esclarecido hijo de Trujillo, habría de salir abundancia del corazón para atraer a la multitud de los indígenas a la Cristiandad!

¡Qué maravillosamente interpretado el invisible vínculo de caridad y el signo de unidad, que fluyen, como de fuente inagotable, del Sacramento del Altar, al estilo de las grandes hogueras eucarísticas, San Agustín y Santo Tomás!

Y es que el Perú parece que nació a la fe y a la cristiana civilización, sobre la resplandeciente blancura de una Hostia Consagrada. Por eso Pizarro, tan devoto de este Misterio de Amor, y de la Inmaculada, fundó en la Catedral de Lima la Cofradía del Santísimo, como luego dedicó un Hospital en Trujillo bajo el patrocinio de la Purísima Concepción, ordenando lleno de fervores inmaculistas, copiar al final de su testamento, el lírico canto del «Ave Maris Stella...» Así, una comisión diplomática, al visitar, hace unos años, en Lima, el sepulcro del Conquistador, en lugar de rezar un responso, cantaron esta bella plegaria mariana, como el mejor recuerdo de tan recia fe en la Purísima Virgen María.

En la América española, el brillo de las procesiones y el rico tesoro de sus custodias, llegaron a hombrarse con las de Toledo, Guadalupe, El Escorial, Barcelona...; con las de Sevilla, dechados de opulencia y devoción triunfal, en España y de toda la Cristiandad, en honor del Sacramento del Altar.

La carrera se adornaba con plantas aromáticas y arcos triunfales; con lujosos altares y carros cubiertos de plata, figurando al principio, a uno y a otro lado, animales selváticos enjaulados y las más lindas aves, para que al pasar Jesús Sacramentado rindieran su tributo al Supremo Hacedor, con rugidos y trinos sonoros. Y a semejanza con la metrópoli, también tomaban parte activa los municipios y los gremios de trabajadores, ostentando en las procesiones las insignias de sus nobles oficios.

La primera procesión del Corpus que salió en Méjico fué la del año 1526, y la alegría y emoción que embargó el ánimo de todos fué tal porque al comienzo de las fiestas recibieron la fausta noticia de que Hernán Cortés había salido vivo y triunfante de una expedición arriesgadísima.

Los conquistadores desfilaban con sus armas y rebrillantes arreos militares ante la Sagrada Custodia. Conocido es el ímpetu eucarístico de Cortés cuando tendió su capa sobre el suelo para que sobre ella pasara el sacerdote portando a Cristo Redentor. Y también aquella otra viva expresión de amor a Jesús Sacramentado del famoso virrey de Chile, Mendoza, que ante el asombro de los indómitos araucanos, se tiende boca abajo con sus más ricas vestiduras para que sobre él pasara el Divino Señor, oculto en la blanca opacidad de la Hostia Consagrada.

Un famoso gobernador de Arica, Alonso Vélez de Guevara, habiendo sido reconvenido como pródigo por los adornos usados en honor del Santísimo Sacramento, replicaba: «Venderé mis ropas, porque haciendo lo que yo debo, ni Dios ni mi rey me faltarán». Lo

cierto es que tratándose del Corpus, no se encogían ni arredraban los españoles ni los indios en galas y lujosas manifestaciones de fe: El límite de su creciente liberalidad estaba determinado por la cuantía de la plata y el oro de sus ricos minerales.

Otro gobernador de Costa Rica en 1571, señaló dos solares en la plaza pública próximos a la iglesia, dedicando uno a la Cofradía del Santísimo, en la que se estableció la solemne Minerva y la Octava del Corpus, siendo dedicado el otro a una iglesia de la Inmaculada.

El piadoso Duque de Albuquerque, con la virreina y su hija, cuidan del presbiterio de la Catedral mejicana para que esté limpio y decoroso, en honor de Jesús Sacramentado.

¿Y quién no recuerda a la santa doncella, la Azucena de Quito, que por su acendrado amor a la Eucaristía, se la define: como un milagro de largos siglos de santidad en breves años de vida?

Todavía pervive en las florecientes naciones americanas el entrañable amor a la Sagrada Eucaristía que nuestros conquistadores y misioneros sembraron en las almas infantiles de los indígenas y que luego habían de asombrarnos con el resplandor de los grandes Congresos Eucarísticos celebrados en Buenos Aires, Perú, el Brasil, La Habana, Chile...

Y todavía en la muy amada nación mejicana, a pesar de la persecución religiosa, acuden a los templos de los pueblos los fieles entrando de rodillas, con una vela encendida, cantando a dos voces la oración o salmo eucarístico, que aprendieron sus mayores de labios de los españoles: «En los cielos y en la tierra, por siempre sea adorado el Corazón amoroso de Jesús Sacramentado».

Tan consustanciada estaba esta fiesta con la vida de Hispanoamérica, que en la Paz de Amiens, cuando España hubo de ceder la isla de la Trinidad al Imperio Británico, el Gobierno español impuso la condición de que, en lo sucesivo, se había de respetar la fiesta del Corpus con su esplendor tradicional.

De este modo, todos los años, el Santísimo recorre las calles de Port Spain, en procesión solemne presidida por el representante de Inglaterra, que en esta ceremonia augusta, también recuerda la devoción a Jesús Sacramentado que nuestra Patria llevó al Nuevo Mundo.

Cierta es la bella estrofa del himno del Congreso Eucarístico internacional de Buenos Aires cuando canta, como compendiando la maravillosa obra eucarística de España en América:

Pasaron el Corpus
por nuestros solares
los hombres que luego
fundaban ciudades

Y abrían los surcos
para los trigales
espigas dan hostias
y leños, altares.

M. G.-H.

PAISAJE:

M U J E R

A la revista «Alcántara», desde mi Guadiana.

I

Yo soy la piedra contra el tiempo dura
muda a un espacio, alegre en la tristeza,
viva en la fe que en el recuerdo empieza;
firme en la pequeñez de mi estatura.

A la derecha, el viento se apresura,
cantan las nubes sobre mi cabeza.
Un blasón carcomido de nobleza
ni alas me da, ni sangre, ni figura.

Que estoy dormida mientras viene el día,
aquí, sin forma, sin razón, sin nombre,
un día en que mi piedra se haga harina.

...Que rueda de molino yo sería...
El mismo viento puede que se asombre
de esta canción que en círculo camina.

II

Canción verde con nombre de aceituna;
canción serena con quietud de olivo,
sangre viajera en río fugitivo,
ala dormida al borde de una cuna.

Soy a orillas del agua como una
rama de pino en su raíz cautivo.
Besóme el agua. Caminando vivo,
por la gaviota inmóvil de la luna.

Y con el desgranar de cada hora
quiero un camino a orillas del camino,
doy a mis hijos sangre de aventura,